

BIBLIOTECA  
MUSEO NACIONAL  
1840

# Flores Cordiales

BIBLIOTECA  
MUSEO NACIONAL  
DE MADRID



ROSARIO PINO, DEL TEATRO ESPAÑOL

Número extraordinario.

15 céntimos.

# ¡¡¡LEED!!!

## ¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

Las personas que han presentado comprobantes de las erratas que cometimos en nuestro número del día 27, y á las cuales hemos entregado las correspondientes del ala, son:

D. Faustino González de Córdoba, fotógrafo del Brasil, que se encuentra en Madrid accidentalmente.—D. Francisco Morán, médico titular de Canarias.—D. Lorenzo Cipita Vaideiglesias, profesor de instrucción primaria de Barcelona.—Doña Encarnación Irástegui, de San Sebastián.—Falta el quinto.

Se ruega á todos los que hayan adquirido FLORES CORDIALES, repasen los ejemplares.

### ¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

## ¡¡Á CASARSE!!

Dos jóvenes franceses que acaban de terminar en París, uno, la carrera consular, y el otro la de medicina, desean casarse legalmente con mujer española.

Llegados á Madrid exclusivamente para contraer matrimonio.

Sólo se requiere buena fisonomía y regular educación.

Escribid á este periódico mandando antecedentes y retrato.

**ABSOLUTA RESERVA**

## COLEGIO HISPANO

1.<sup>a</sup> Y 2.<sup>a</sup> ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

**BARCO, 21, 2.<sup>o</sup>**

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

**BARCO, 21, 2.<sup>o</sup>** (esquina á la Puebla).

# Flores Cordiales

Redacción y Administra-  
ción: San Andrés, 19.

## SUSCRIPCION

Trimestre..... 1,50 pesetas.  
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

— Apartado de Co-  
rreos, número 48. —

GERENTE:

R. LÓPEZ MORA



DIRECTOR:

GONZALO DE QUIRÓS

## MI PARÁCLETO



Pero ¡maestro Burell, noble y excelso y querido amigo Don Julio! ¿salimos ahora con la buena nueva de que el conde-duque de Olivares fué un estadista insigne y un varón virtuoso y un gobernante bueno, aunque desgraciado? Pues es brava la novedad y famoso el descubrimiento, y digno de que lo miremos y remiremos mu-

cho antes de tomarlo por moneda legítima, así sea el hispanófilo Martín Hume quien nos lo importe y así sea la pluma maestra de usted, tan inclinada á toda misericordiosa vindicación, quien nos lo cuente y nos lo cante. Y es de temer que mientras nos dedicamos á tan inútil tarea, resucite Quevedo, para venir á decirnos que nos hemos vuelto locos de remate todos los españoles.

Porque, al cabo, una de las pocas cosas santas que rezuman de nuestra Historia, tal como nos la han recompuesto, es el odio y el desprecio al conde duque de Olivares; así este odio infiltrado en el alma del pueblo por la leyenda y el romance de cordel, y resucitado ante el jesuíta Nithard y ante Godoy y ante Escoiquiz y ante Fernando VII y ante Marfori y el *Pollo Real*, constituye un verdadero tesoro histórico, la única defensa y la única venganza de la nación contra la banda negra de miserables y zascandiles que la han traído á estos días menguados de nuestra edad. Si borramos este odio, si reconstruimos estas figuras históricas sustituyendo á la crítica una insana misericordia, calculando cómo hubieran cambiado los sucesos de nuestra fortuna si la suerte hubiera acompañado á sus iniciadores y actores, será preciso venir á confesar que, no los validos y los privados, los reyes y los ministros han tenido la culpa de nuestro empequeñecimiento, sino el pueblo.

¿El pueblo? ¿Se vió jamás cosa más absurda? Porque sería eso verosímil y aun posible si en esos tres siglos y pico de nuestra desdicha hubiese habido pueblo en España. Pero, ¿no lo venció Carlos V en Villalar? ¿No lo agarró Felipe II y lo quemó en hoguera? Y luego, toda la política de la Corte y de la Iglesia, ¿no fué tenerlo ayuno de pan y de cultura? Bajo el conde-duque, los caminos están llenos de mendigos y las ciudades de pícaros y canallas. Van á las Indias y á la guerra para seguir robando. Entre tanto, el rey se divierte. Todo el cuidado del valido se reducía á que no faltasen al monarca buenas mozas, buenos poetas y

buenas chirimías regocijantes. Para él la Nación acababa en las lindes del Buen Retiro.

Para muchos hoy, maestro Don Julio, son una cosa misma la Patria y el Estado; entonces eran la Patria y el Rey. Importaba poco que Portugal se fuese, que en Cataluña quedara siembra de odios para siempre, que á América llegasen las primeras justificadas razones de independencia, que el Rosellón y Flandes, etc. Todo era nada, mientras quedasen cuatro terrones de Castilla en que el trono se mantuviese y cuatro terrazgos y cuatro trabajadores que le produjeran la renta necesaria para su fausto. Allí estaba el trono y allí la Patria.

Es así como Velázquez lo retrata. Lo pintó eterno, para nuestra abominación y nuestro odio, sobre un cielo tempestuoso, sobre una tierra yerma, todo ello como de plomo, agobiador, inexorable, frío. En aquel trozo de historia y en aquel cuadro, ¿dónde está el pueblo? El pueblo estaba en Portugal, estaba en Cataluña, estaba encerrado con Quevedo ó con los brujos confesos ante el Santo Oficio, estaba donde había rebelión y protesta. Y donde callaba humilde y sojuzgado no era pueblo, sino manada imbécil y hambrienta. ¿Cómo culparle? Y es tanto más para odiado, cuanto que el conde-duque no desaparece de nuestra Historia, ni en su caída ni en su muerte; hasta hace muy poco pudiera señalarse su presencia en la dirección del Estado, y hasta es posible — muy posible, maestro Burell —, que ande por ahí, á estas horas, metido en cualquier casaca ministril ó en cualquier nómina de derechos pasivos.

Su arte de gobernar ha seguido siendo el único arte de gobernar: que aquí se ha practicado, salvo los tiempos de Carlos III: el empingorotado señor era un ignorantón de tomo y lomo, era lo que llamamos nosotros torpemente *un carácter*; gobernaba sobre un dilatado mundo que no conocía. Y ministros de éstos que tuvieron bajo su mando unas Filipinas, sabiendo sólo de ellas noticias remotas, y que tienen ahora una Guinea que tampoco conocen, los saluda usted todos los días. Con el conde-duque-comenzaron á gobernar en España los leguleyos; antes lo habían hecho las cogullas y los soldados vencedores; ahora lo hacen los abogados, y vea usted si esta flor sale ó no de aquella otra semilla.

No hubo en él ideal alguno de unidad nacional; húbolo de compenetración entre las ideas Patria y Rey, que á él le parecían una misma idea y una misma cosa material, y esta idea hace padecer á la Nación las congojas del reinado de Carlos II y las guerras de Felipe V y las vitez de Carlos IV, y trae la invasión francesa y esteriliza toda la obra liberal de las Cortes gaditanas y hace miserable á Fernando VII, y al cabo, en un triunfo definitivo, se escribe con las mismas letras, como pensa-

miento de nuestra edad, en la bandera carlista: «Patria, Rey...»

¿Lo ve usted, maestro Burell? El conde-duque no ha muerto; vive entre nosotros, sin Rosellones que perder, sin grandes poetas que llevar al Buen Retiro, sin Velázquez que lo pinte, que tal es la caída del imperio que el pincel del maestro sevillano ha sido substi-

tuido por la cámara fotográfica de Franzen ó Campúa. Y como el conde-duque vive, y sus ideas alientan en el acervo común de nuestros pensamientos, es necesario odiarle y perseguirle y predicar este odio, porque sólo así podremos conservar la Patria, que es nuestra, que está en nuestra sangre y en nuestra alma, y no asentada sobre cuatro terrones de Castilla...

Dionisio PÉREZ

## ZORRILLA Y YO

«Recuerdos del tiempo viejo», podrían también titularse estas páginas, páginas volanderas, fugaces como el tiempo.

En ellas quiero fijar una impresión, un detalle, que revive siempre en mi espíritu al llegar esta época en que el hábito consagra un nombre, hincándolo como recordatorio de esquila funeraria en la memoria de las muchedumbres.

Conocí á Zorrilla allá por el año ochenta y tantos, no puedo precisarlo con exactitud, en aquella casa vieja de la plaza de Matute, donde  
El Im-

parcial comenzó el período de esplendores que no le han abandonado.

Yo era un chiquillo, un niño que hacía sus primeras armas en la capitania general de la prensa, en aquel centro de intelectuales formado por nombres tan prestigiosos como Gasset y Artime, Ortega Munilla, Andrés Mellado, Augusto Figueroa, Enrique Hernández, Manuel Troyano, Eduardo de Palacio y tantos otros, y al cual acudían Martos, Castelar, Echegaray, Zorrilla, Fernández y González y muchos más de esa estirpe de soberanos de la política y de las letras.

Mi misión se reducía entonces á leer los periódicos de provincias, recortar de ellos lo más intesante y aderezarlo armónicamente, para formar con todo una sección especial que ha desaparecido ya á impulsos de la piqueta innovadora de la información rápida. El telégrafo acabó con mi modesta sección de los ecos de las provincias.

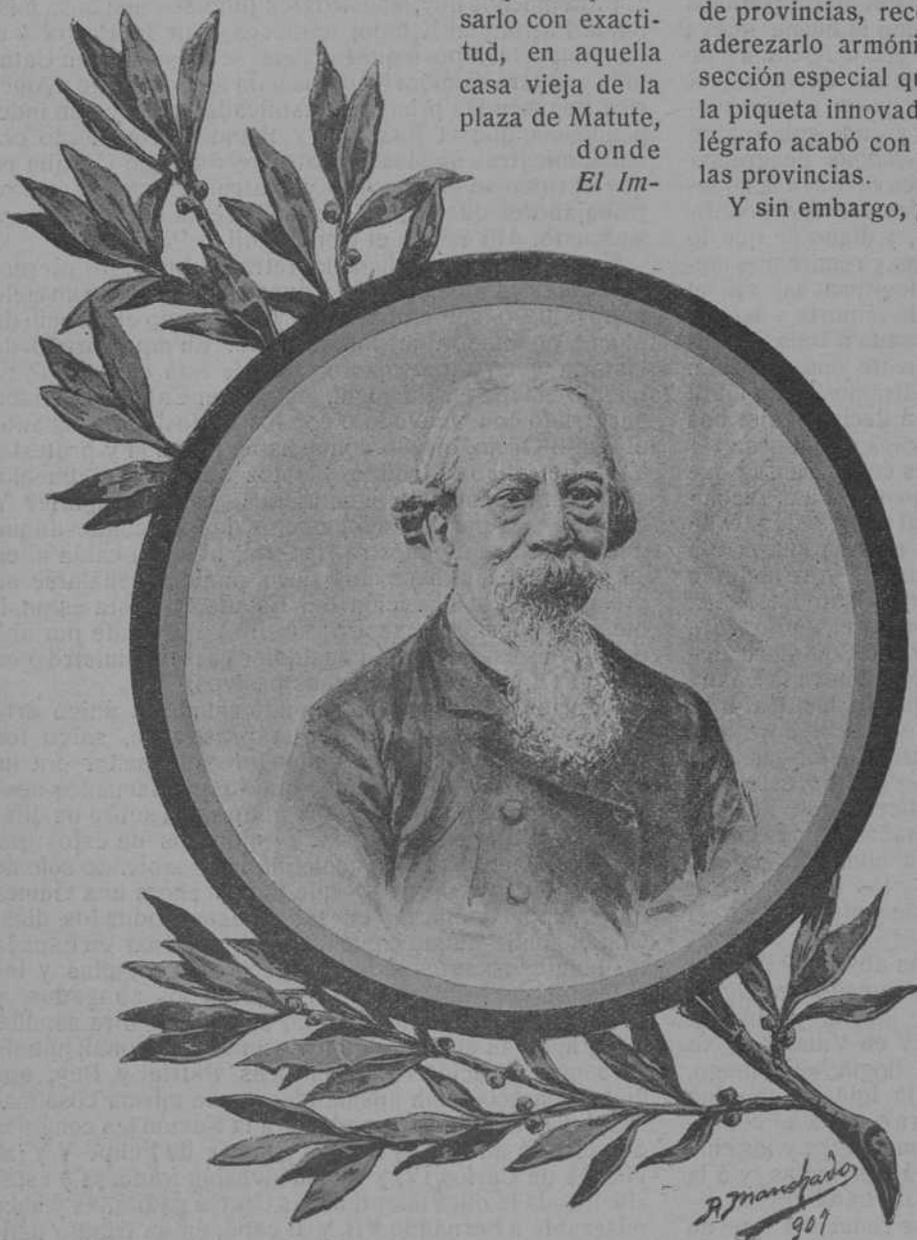
Y sin embargo, ¡cuántos sudores me costaba!

Una tarde, cuando más enfrascado me encontraba en mi tarea, se presentó en la Redacción el gran Zorrilla, cubierta la noble cabeza con un sombrero blando y el busto con un gabancillo corto y obscuro. En la Redacción estaba yo solo. Don José se sentó junto á mí, informé de la trascendencia de mi trabajo, y sin perder momento se puso á ayudarme. Cuando encontraba algo que le parecía interesante, me preguntaba:

— Oiga usted, ¿sirve esto?

Yo emitía mi autorizada opinión, y de este modo nos leímos toda la prensa y redactamos la sección provinciana.

Desde aquel día, Zorrilla no faltó ni una tarde á la Redacción Todas, á eso de las tres, llegaba Don José, cogía buen golpe de periódicos, y en pocos instantes los despachábamos entre comentarios y consultas mútuas. Luego, como dos buenos camaradas salíamos de la vetusta casa, cambiando sus desengaños por mis ilusiones en agradables chácharas que, á veces, nos detenían horas enteras en una esquina ó



en la puerta de su casa de la calle de Jacometrezo.

Don José me contaba sus primeros años de gloria su viaje á Méjico, sus conversaciones con Maximiliano, su regreso á la patria, sus sufrimientos, sus ahogos económicos.

Y entre gritos de gozo y suspiros de tristeza me recitaba alguna poesía suya, de aquel modo inimitable que él sabía hacerlo, como artifice celoso de que su obra adquiriera todos los relieves de la luz y todos los misterios de la sombra.

Pero más que de sus versos, más que de su *Don Juan Tenorio*, del cual hacía una disección de matarife, gozaba hablando de Méjico y del pobre emperador Maximiliano. Oyéndole, se creería escuchar á Hernán Cortés el relato de la conquista del emporio de los aztecas. Sólo que, en lugar de armas y carabelas, Zorrilla había conquistado Méjico con su lira de poeta, haciendo vibrar en las llanuras bañadas por el Pacífico y el Atlántico las notas robustas de la patria madre como un conjuro de avatares. Las altas cordilleras que constituyen la espina dorsal de aquel hermoso territorio sirvieron de gigante basamento al mago de la poesía castellana.

Y oyéndole y pensando en todo esto, aparecíame Zorrilla á manera de encantador de cuento de hadas, bañándome de gracia en un paisaje de ensueño.

—Pero, Don José le dije un día—, ¿por qué no escribe sus Memorias con el arte supremo que usted posee, para deleite del público?

—El público no lo merece, me ha abandonado—, exclamó con iracundo desdén.

—No, Don José, no—insistí—. En España no existe una persona que no sepa las versos de Zorrilla: hasta los niños los balbucean y los adoran sin comprenderlos.

—Y á pesar de ello me dejan vivir como un pordio-sero—, replicó malhumorado.

—Usted se fué á Méjico, alejándose de los que le tenían por un Dios, y, claro... el corazón, como la memoria, también olvida. Pero también en la memoria y en el corazón surgen los recuerdos.

Ignoro si esta conversación ó apremios de la amistad de Gasset, Ortega Munilla y Mellado, convencieron al inmortal poeta de que debía escribir sus Memorias. Lo cierto es que más tarde las publicó con el título de «Recuerdos del tiempo viejo».

Y aquel día, un atardecer nebuloso de Noviembre, al detenernos ante la puerta de su casa, me dijo:

—Suba usted.

Y subí.

Zorrilla vivía en un quinto ó sexto piso, en el último del edificio.

Cuando llegamos, jadeantes y cansados, á la humilde vivienda del cantor de Granada, apenas columbré en ella muebles.

Pero, en cambio, sus muros estaban cubiertos de coronas.

Allí no había más que gloria.

R. HERNANDEZ BERMUDEZ.



DOÑA BRÍGIDA Á DON JUAN:

¡Jamás ví tanta porfía!  
Carga con *ella*, alma mía,

y con el chucho que ves:  
es la distracción que Inés  
en el convento tenía,

## BRIGIDA

Hay en el drama famosísimo de Zorrilla un tipo que aparece al final del segundo acto para eclipsarse totalmente á principios del acto cuarto; tipo secundario, poco airoso, que pasa por la escena entre el despectivo reir de «la galería». Es Brígida, la vieja dueña que ejerció tercera entre Doña Inés y Don Juan. Y, sin embargo, ella sirve de eje, nudo ó punto de apoyo á toda la fábula. No es la gentileza apolina del seductor sevillano lo que rinde á Doña Inés, ni su dinero y alcurnia, ni sus inauditas apuestas y bizarrías extremadas, pues títulos son estos que si cautivan á las mujeres vulgares, mal pueden interesar, con emoción de amor, á una doncella temerosa de Dios y educada en los principios de la más irreductible y severa virtud.

Doña Inés sólo se entrega á las artes conquistadoras del galán por obra de un cariño que tiene mucho de caridad, de evangélica misericordia. Empieza á quererle cuando le compadece, cuando le ve, arrepentido de su vivir libertino y ocioso, llegar á ella las manos y los ojos implorantes. Y Tenorio debía de presentir esto al buscar á Brígida, la alcahueta de ingenio insinuante y ladino, gaitera, afectuosa, que había de deslizarse en los oídos candorosos de la novicia la música doliente de su pasión sin esperanzas. Nadie ha olvidado aquella escena primorosa donde la hija de Ulloa, próxima ya al abismo, escucha, junto á la puerta entornada de su celda, la voz de Brígida, voz astuta de ensueño y tentación. Doña Inés se resiste á aceptar el presente que Tenorio la envía, pero Brígida, interesando su compasión, la convence; ¡el pobre mozo sufre tanto! Dice:

«... Si ese horario  
le rechazáis, al instante  
le preparan el sudario.»

Y la inocente coge el libro, entre cuyas páginas el pecado deslizó aquella carta inefable, de poesía y amor, que había de perderla.

¡No, no fué Tenorio, sino Brígida, quien avasalló la virtud de Doña Inés; ella triunfó: sin su colaboración, la leyenda del aventurero invencible «en juego, en lid y en amores», hubiese quedado rota.

¡Ah, «Brígidas» de todos los tiempos! Vuestra misión es admirable, porque es tarea de reconciliación y de paz. Vuestro afán, al principio, es afán de conquista, de seducción y ayuntamiento; y, más tarde, luego que las dos voluntades quedaron bien cosidas, prurito de protección, anhelo de que la falta no se descubra y vulgarice, cuidado de que nadie desenlace ásperamente lo que vuestra discreción vigilante amañó y dejó bien zurcido. El enamorado que en su empresa cuenta con la colaboración diligente de una de vosotras, puede tener la victoria por suya.

Por educación, por atavismo tal vez, las mujeres están habituadas á ver en el hombre, aun en el más amado, un «enemigo». Aquel hombre que, á cada momento, puede besarlas, abrazarlas, perderlas, y que luego, con el matrimonio, será su dueño, simboliza para ellas «el mal». No hablo de memoria: recuerda tu juventud, lector, y verás cómo siempre, en los ojos de la virgen que te escuchaba, había un poco de espanto. Y ese miedo es funesto, porque destruye la confianza que la deseada necesita tener en nosotros.

Pero de las «Brígidas» las doncellas no suelen guardarse. Es una mujer como ellas, una pobre vieja que sabe golosas historias de novios que una noche huyeron y fueron felices. Junto á la cabeza juvenil de la moza pretendida, cabeza pelirrubia ó pelinegra cargada de ardores, los cabellos nevados de estas ancianas consejeras muestran un encanto inexplicable: sus ojos son dulces, sus labios sonríen pacíficos, sus ademanes blandos y envolventes parecen tejer alrededor de quien les escucha la red de un hechizo. Ellas personifican la ex-

periencia; sus palabras tienen la autoridad inapelable de lo que «ha sido». Ellas afirman que la juventud es breve, que la edad de las risas huye pronto, que las ilusiones ¡ay! mueren cuando platea sobre nuestra frente la primera cana. Dicen:

—¡Si yo te contase! Un día...

Y sus historias son tales que la amada medita en que aquel pasado puede ser porvenir otra vez...

Como Tenorio, ¡oh, Brígida! tú vivirás siempre. En vano los años corren; en vano la civilización modifica la arquitectura social y otorga al sexo bello prerrogativas y libertades inesperadas. Sobre tantas mutaciones, tu sonrisa tolerante persiste; las vírgenes te quieren y, para perderse, aguardan tu consejo. Tú también las quieres: lo que para ellas es mañana, para ti es recuerdo. A la larga, vuestra historia, será la misma.

«Así empecé yo...» — piensas.

Eduardo ZAMACOIS.

## DON JUAN

Era *Don Juan* un galán  
gallardo, audaz, calavera...  
AMOR POR AMOR, tal era  
la divisa de *Don Juan*.

Sólo por amor luchaba;  
sólo en amor se encendía;  
solo para amar vivía,  
y por amor se mataba...

Mas los tiempos han cambiado.  
El mundo se moderniza  
y hoy *Doña Inés* se cotiza  
como el papel del Estado.

Ya el amor es cosa rara.  
Tales los tiempos están  
que no se encuentra un *Don Juan*  
por un ojo de la cara.

Hoy el *Don Juan* es un ser  
que vicio y codicia forman.  
Hoy *Don Juan* es un *sportsman*  
que usa gorra de *chauffeur*.

Si tras la novicia va  
en aventura amorosa,  
sólo piensa en una cosa:  
en las rentas del papá.

Luchará con ardimiento  
si su *Inés* es chica rica;  
pero si es pobre la chica  
se pudrirá en el convento.

Mas si logra lo que trama  
y con el negocio dá,  
en la escena del sofá  
dice *Don Juan* á su dama:

«¿No es verdad, ángel de amor,  
que en este mundo embustero  
»teniendo mucho dinero  
»se vive mucho mejor?

»¿No es verdad, gacela mía,  
que nos amaremos más  
»cuando falten tus papás  
»y heredemos á la tía?...»

Con cinismo extraordinario  
así el buen *Don Juan* se expresa...  
¡Descanse, pues, en su huesa  
el Tenorio legendario!

Pues hoy, la gente avispada  
ve que en estos tiempos brilla,  
más que el *Don Juan* de Zorrilla  
el *Don Juan* de Parellada.

Vital AZA.

## SALTANDO LA TAPIA



(ACTO QUINTO, ANTES DEL SEXTO)

*Dña. Inés.*—¡D. Juan, D. Juan! Yo lo imploro  
de tu hidalga compasión:

ó arráncame el corazón  
ó ámame, porque te adoro.  
*D. Juan.*—Hermosísimo lucero,

¡que nos ponemos chorreando!  
Y es preferible, á ir andando  
que llamemos al cochero.



(Instantánea de Karikato.)

LOS PEQUEÑOS PROBLEMAS

## HACER EL "TENORIO,"

Aunque Dios no le había llamado á Cándido Orbejeque por el camino del teatro, sino por el de instalador eléctrico, que era su oficio, prefería, sin embargo, recitar una escena de comedia, ó toda la obra si se lo permitían, á colocar un timbre ó á ver un voltaje.

En unión de algunos amigos había fundado una sociedad artística, flexible, titulada *Amigos de Loreto y Chicote*, para celebrar una vez al mes, ó antes si esperaba peligro de muerte la sociedad, representaciones en ocasiones realmente dramáticas, en el Salón Zorrilla, que era el que tenía más *cábida*, según la opinión facultativa de Orbejeque.

¿Un hombre así, con tales arrestos dramáticos, iba á dejar pasar en blanco el mes de Noviembre, sin hacer el *Tenorio*?

¡Pardieu, que se hubiera dicho! Este para Orbejeque era un pequeño problema.

No sólo para Orbejeque; lo es también para todos los buenos y castizos aficionados desechos de tintera teatral. Orbejeque se consideraba indigno de su *preclara stirpe* si no se lanzaba por el donjuansimo adelante.

Así que el hombre se dedicó en pocos días á la *instalación* del personaje de Zorrilla.

Decía con tal fuego las décimas del sofá, que en los ensayos la joven encargada del papel de Doña Inés, tenía que tomar antihistérica al precipitarse en los brazos de su robador.

Estos efectos tan legítimamente conseguidos por Orbejeque despertaban, como es natural, celos y envidias entre los demás socios del cuadro dramático, que murmuraban entre cajas, cada vez que Orbejeque arrancaba un aplauso, gracias á su cuñado que se llevaba de *clac* á los chicos del taller, y si no aplaudían les rebajaba un día de jornal.

La seña era esta: «¡Duro con mi cuñado!» Y se venía el teatro abajo.

Tomó Orbejeque tal afición al *Tenorio*, que más de una vez entró en una casa para hacer una acometida, diciendo:

—¿La hostería del Laurel?  
—¡En ella estáis, caballero!

Porque él mismo se preguntaba y se respondía.

Cuando jugaba al *mus* con los compañeros, decíales paseándoles la declamación por la cara:

¡No os podéis quejar de mí,  
vosotros á quien gané,  
si á todos os envidé  
órdago á grande sus dí!

El espejo de su casa lo tenía empañado del aliento aromático con que recitaba los principales trozos de la popular obra de Zorrilla, quien si levantara la cabeza—decía nuestro héroe—haría constar que el *Tenorio* estaba escrito expresamente para Cándido Orbejeque.

Júzguese, por lo tanto, en hombre así tan impulsivo

cuál no sería su gozo al representar *Don Juan Tenorio* á beneficio de una familia desgraciada.

Orbejeque se dirigió en busca de la dama de la sociedad, pero se había marchado de *juerga* á la *Bombilla* con uno de los socios más *activos* del cuadro, y ante lo urgente del caso no tuvo más remedio Orbejeque que ofrecer la Doña Inés á una planchadora vecina suya que hacía el número tres de las aspirantes á damas jóvenes de la sociedad.

El teatro estaba lleno; la familia desgraciada consiguió colocar todos los billetes, á condición por parte de los *sableados* de que sería la última y definitiva desgracia.

La cosa empezó bien; aplaudieron á Orbejeque no sólo los oficiales del taller sino también algunos voluntarios del público, y el *Tenorio* iba como una seda; pero después de las famosas décimas se presentó el novio de la planchadora que al verla sugestionada en brazos de Orbejeque tomó por asalto el escenario, y allí fué Troya. En un periquete acabó con la escena, con el sofá y casi con el propio Orbejeque.

La *juerga* fué monumental y no faltó quien llamase á escena al novio de la planchadora y quien pidiese ¡otro toro! y que saliera la familia desgraciada.

Desde aquel luctuoso día, el bueno de Orbejeque, cuando tiene que buscar una Doña Inés, lo primero que pregunta si es planchadora y si tiene novio.

Pero Orbejeque realizó su ideal, resolvió el problema.

Luis GABALDON.

## À Doña Inés de Ulloa.

*Doña Inés del alma mía,  
luz de donde el sol la toma:  
Deja que te tome á broma  
la juventud de hoy en día,  
y que la madre Poesía  
convírtase en tu madrastra,  
¡que hoy la Prosa nos arrastra  
como al acero el imán  
y como á ti tu Don Juan;  
pero... sic itur ad astra!*

*Doña Inés del alma mía,  
luz de donde el sol la toma:  
pura y cándida paloma  
que del gavián se fía:  
¡de haber sido un avefría,  
no te hubiese calentado  
la elocuencia de tu amado,  
ni el lenguaje zorrillesco  
que á Don Juan, como era un fresco,  
le dejaba tan helado!...*

*Doña Inés del alma mía,  
luz de donde el sol la toma:*  
la risa á mi faz asoma,  
viendo cuánta tontería  
Don Juan Tenorio decía...  
*¡Ánimas del Purgatorio!*  
A vivir don Juan Tenorio  
en la edad del prosaísmo,  
te pediría lo mismo...  
¡mas sin tanto requilorio!

*Doña Inés del alma mía,  
luz de donde el sol la toma:*  
«Tú, si n'hay quien se lo coma,  
¿pá qué tanto arroz?», diría...  
Sobrada razón tendría  
para hablar de tal manera,  
que hoy consigue cuanto quiera  
un Don Juan, joven ó viejo,  
¡sin hacer un ovillejo...  
ni una aleluya siquiera!

*Doña Inés del alma mía,  
luz de donde el sol la toma:*  
si tu nardo dió su aroma  
por un galán que vestía  
trajes de guardarropía;  
si Don Juan era un vestiglo...  
¿qué diera á un vate poliglo-  
ta de los muchos que existen  
de presente, y que se visten  
en *El Águila* ó *El Siglo*?...

*Doña Inés del alma mía,  
luz de donde el sol la toma:*  
ni en Buenos Aires, ni en Roma,  
ni en Tánger, ni en Cristianía,  
se hace el amor hoy en día  
cual te lo hizo tu Don Juan.  
Ni la mente es «un volcán»,  
ni «una hoguera» el corazón...  
*¡ni están todos los que son,  
ni son todos los que están!*

*Doña Inés del alma mía,  
luz de donde el sol la toma:*  
Hoy se hace el amor en broma,  
lo mismo aquí que en Turquía;  
y, en vez de una letanía  
cántar á Don Juan Tenorio  
*desde tu alcázar mortuorio,*  
¡te ocuparías, de fijo,  
de la lactancia de un hijo...  
*sin apellido notorio!*...

**Carlos MIRANDA.**

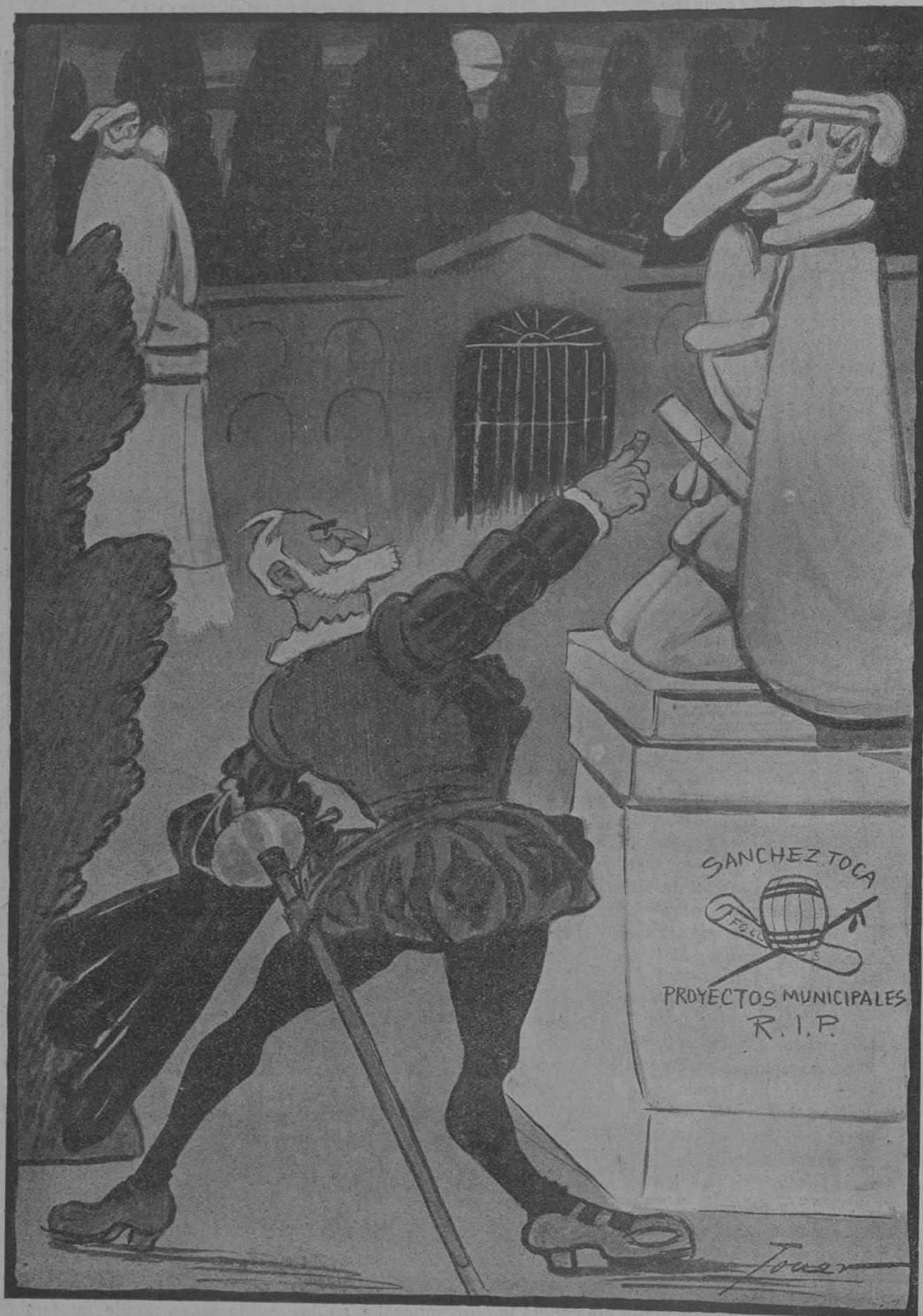
EL CAPITAN CENTELLAS



Verdad es que yo *salté*:  
por ello mi pecho abrasa;  
pero antes á Osma maté  
«á la puerta de su casa.»

**IMPORTANTE.**—Este semanario concederá la corresponsalía, en las poblaciones donde no tenga relaciones, á quienes lo soliciten y den buenas referencias. Dirigirse al señor Administrador del mismo.

# EN EL PANTEON



Don Maura Tencio.  
¡Ah! Estos sueños me aniquilan;  
mi cerebro se enloquece...

y esos mármoles parece  
que estreñecidos vacilan.  
¡Nada mi temor provoca!

Tú eres el más ofendido;  
mas si quieres; te convido  
à cenar conmigo. ¡Toca!

## DON LUIS MEJIA

DON LUIS.—.....  
mas con lo que habéis osado,  
imposible la háis dejado  
para vos y para mí.

(Del *Don Juan*, de Zorrilla).

Este Don Luis era tonto de remate. Reparando las figuras ridículas de nuestro teatro y las del teatro extranjero, no me topo con otra que haga tan brillante papel en el concepto de la ridiculez y en punto á vivir equivocado.

A mí me parece que un hombre que se pasa todo un año violando doncellas que le tienen sin cuidado; escarneciendo virtudes que ni le van ni le vienen; jugando con ventaja, y cuando pierde *tirando el negro*, como dicen los *jugativos* de hogaño, atropellándolo todo; matar y *malferir* inocentes y timoratos porque sí y sin venir á cuento.. á cuenta sí, porque luego hace su cuenta; entrar á saco en el palacio episcopal de Gante, con grave riesgo de provocar la ira divina por el despojo hecho en el sagrado tesoro; matar á un capitán de ladrones para erigirse él en tan comprometido cargo, engañar á los ladrones; y terminar poniendo un cartel de desafío asegurando que es un Luis que vale lo menos dos (cuarenta francos justos), para decir luego

«mas con lo que habéis osado,  
imposible la háis dejado  
para vos y para mí».

al tratarse de que otro hombre le haya quitado la única mujer que en su vida le importase en el plazo fugaz de cuarenta y ocho horas, á mí me parece que es hacer á las mil maravillas el engañado de la pantomina.

¡Cuánto mejor no le hubiera sido á este pobre hombre dedicarse con calma al cultivo de la mujer amada, y guardarse tantas energías como desperdició por esos mundos, para cuando llegase el caso.

Después de todo, este Don Luis debió de *achantarse por la buena*, y dar las gracias á Don Juan por el descubrimiento que había hecho; porque, señores, hay que ver la pécora que era Doña Anita de Pantoja.

Yo comprendo que Don Juan penetrase en el palacio de tan frágil dama á fuerza de dinero y de infidelidades de Lucía,—¿quién está libre de que un criado le salga infiel?— Pero ¡canastos!, entregarse á un señor á la primera visita, por guapo que sea el señor, y quedarse *imposible*, como hizo Doña Ana, creo que es ser de una madera que hubiera hecho de Don Luis Mejía, un *Don Luis Mugia*, á las primeras de cambio.

Si nuestro Don Luis hubiera sido realmente un hombre terrible y conquistador, hubiera hecho oportunamente con Doña Ana lo que Don Juan hizo con Doña Inés, llevársela á su casita, y que hubiera ido allí por ella Don Juan, que, aun suponiendo que hubiera logrado entrar, ya se la hubiera encontrado *imposible*.

Además, ¿qué clase de aventurero es esa á que pertenecía Luisete?—llamémosle así, porque no es digno de que se le llame Don Luis, ni Luis siquiera —; ¿qué clase

de aventurero—repito—es ese, que se va á casar con todos los procedimientos legales y atendiendo á todas las ridículas conveniencias de una boda?

Así está bien que se casen los tímidos, los ordenados, los ecuanímes; pero un tío que se pasa la vida presumiendo de ser una *bala perdida*, un *¡viva la Virgen!*, no está bien que se case sin estrépito, sin escándalo, sin haber dado antes algo que hablar, por lo menos. ¡Vaya, vaya, con Luisete Mejía, qué primo más grande!

Si hubiera sido un atrabiliario, un vividor audaz y peligroso de veras, debió irse al convento donde estaba Doña Inés, y habérsela llevado como se la llevó Don Juan. Eso hubiera tenido gracia; porque luego, en vez de decirle *mas con lo que habéis osado, etc., etc.*, le hubiera dicho: *Amigo Juan: mientras vos andabais en galanteos con la voluble Doña Ana, yo os he arrebatado á viva fuerza á vuestra virtuosa Doña Inés, y os la he dejado imposible de todo punto.* (Esto, en verso, claro es.)

Pero, nada: este imbécil de quien nos ocupamos, perdiendo un tiempo precioso, porque no merece tales honores, se conoce que se fué de francachela á presumir por Sevilla, mientras Don Juan laboraba, digámoslo así.

Mejía, después de su desgracia, acaecida en cuerpo y alma de Doña Ana, debió de hacer la *vista gorda*, y casarse como si no hubiera ocurrido nada, puesto que Don Juan no iba á ser tan cruel que lo propalara, y haberse hecho un apacible padre de familia, fuera de quien fuera, á él ¡que más le daba después de haber sido capitán de ladrones!

Esto lo digo porque por lo menos hubiera salvado la pelleja—nunca mejor empleada esta palabra, porque se trata de un cordero—, y hubiera vivido como cualquiera otro de su calaña; pero, no: se va á casa de Don Juan á pedirle explicaciones, que no había por qué darle, y á que le matara como á una res para no perder personalidad en el suceso.

Con ser tan antipático Don Luis, en todas sus manifestaciones, ninguna como aquella de ponerse de parte de Don Gonzalo cuando va á reclamar á su hija.

¡Vaya un *perdidor* de mujeres! ¿A qué mujeres habría perdido este Mejía, que se sale dando la razón al Comendador porque va gritando haberle quitado la chica?

Gracias á que Don Juan es un *barbí*, y en vista de lo pesado que se pone *aquel viejo insano*, le da un tiro para quitárselo de encima.

Pues bien, Don Luis, ni eso: á la hora *de cenar*, cuando Don Juan le atraviesa de una estocada, debió de escupir una blasfemia, de vomitar una imprecación, se le oye decir: «¡Jesús!»

Que es lo mismo que hubiera dicho una hermana de la caridad al morirse en el místico lecho de la resignación y del dolor.

O lo que hubiera dicho cualquier persona medianamente educada á Don Juan, en el caso de que éste hubiera estornudado...

¡Bien muerto estuvo el tal *don Luisete!*

## A Doña Ana de Pantoja.

(CARTA ENTREABIERTA)

Como es imposible verla  
papel y pluma prevengo,  
y la escribo, aunque no tengo  
el gusto de conocerla.

Doña Ana Pantoja, arriba,  
Doña Ana Pantoja, abajo,  
y sin tomarse el trabajo  
de evitarme que la escriba,  
saliendo á escena un ratito  
para que el espectador  
y este humilde servidor  
admiremos su palmito.

Yo no he visto una señora  
más recogida que usted;  
otórguenos la merced  
de salir un cuarto de hora  
y así sabrá lo que pasa  
y advertirá fácilmente  
que resulta algo indecente  
la doncella de su casa.

¡Todos los años la dán  
por el mismo ventanillo  
el mismísimo bolsillo  
con las doblas de Don Juan

Y aunque usted, señora mía,  
se pasa la noche en vela,  
todos los años se cuela  
Tenorio en vez de Mejía.

Entra en su casa un bribón  
que la quiere deshonorar  
y usted sigue sin tomar  
una determinación.

Puede un año perdonarse  
el que tenga esos descuidos;  
¡pero, cincuenta seguidos,  
es ya mucho descuidarse!

¡Cincuenta noches dormida  
sin notar que se la dan...!  
¡A usted le gusta Don Juan  
y por eso se descuida!

A usted que le den bolsillos  
y Tenorios á deshora.

¡Usted es una señora  
que no repara en pelillos!

Caza galanes con red:  
en su casa los disfruta,  
y no sale, por lo astuta  
y tunanta que es usted.

Teme, de rubores llena,  
el que un guardia la recoja...  
¡Por eso la de Pantoja  
no quiere salir á escena!

Por Don Luis muéstrase ufana,  
y, después de darle el timo,  
el pobre Luis es tan primo  
que da la piel por Doña Ana.

Usted es la parte más floja  
del drama tan celebrado,  
y Zorrilla ha condenado  
á encierro á la de Pantoja.

Doña Brígida es mejor,  
porque esa, á la luz del día,  
ejerce la *tercería*  
con franqueza y sin rubor;

y usted deja á un caballero  
morir, de *media estocada*,  
como una res destinada  
por su dueño al matadero.

¡Iré á ver Don Juan Tenorio  
este año, y le juro á fe,  
que como no salga usted  
he de armar el gran jolgorio.

¡Lo armaré, pues se me antoja  
que de Cádiz á Sigüenza  
no hay mujer más sinvergüenza  
que Doña Ana de Pantoja!

Yo, señora, pienso así,  
y, si alguien dice que no,  
lo que mi pluma escribió  
mantenido está por mí!

José JACKSON VEYAN.



Doña Ana, ¡quién lo diría!  
que también en el diván  
le daba mico á don Juan,  
le daba mico á Mejía.

## REIVINDICACION DEL CAPITAN CENTELLAS

Aquel atardecer de otoño no había partida en la botica por temor á que se enredasen las puestas: era preciso cenar temprano para acudir á tiempo á la representación del *Tenorio*, y los tresillistas mataban el tiempo pegando la hebra, á propósito del tradicional drama.

Don Juan, el Comendador y todos los demás personajes, desfilaron por aquellas bocas incrédulas, que no daban ninguna fe á la leyenda de quien fué en vida no sólo conquistador y espadachín, sino caballero principal y grande amigo de Carlos V. Sólo el secretario del Ayuntamiento, un excalavera acogido á la puchera municipal, protestó de la incredulidad.

—Yo, señores—exclamó con voz cavernosa—, creo en el *Tenorio* y en que han existido todos sus personajes, aunque algo desfigurados por el tiempo y por la forma poética; y creo, como Santo Tomás, porque he visto y he tocado, que en cosas de ánimas y aparecidos nadie puede hablar con más razón que los muertos mismos.

»No asombrarse, no; tan verdad como que ahora suena el toque de ánimas—(la campana de la iglesia daba el *ángelus* en aquel momento)—es que yo he estado muerto y he visto y hablado al capitán Centellas.

»Allá en mis juventudes sevillanas, una noche como esta íbamos unos cuantos aficionados á representar el religioso y verídico drama: yo tenía el papel de Don Juan por ser el más joven y tal vez el más gallardo y calavera. Cenamos juntos todos los personajes antes de comenzar la función: en los postres me puse muy malo, y á las pocas horas me morí.

»A la siguiente noche, la llovizna que se filtraba por entre la tierra de mi sepultura, dióme frío y desperté: como la tierra estaba todavía blanda, salí sin gran esfuerzo, y embozándome en mi capa encarnada comencé á pasear agitado entre las tumbas para dar calor á mis helados miembros: como no tenía sudario, no pude romper á sudar.

»Apoyado en la tapia de los nichos, divisé un bulto vestido á semejanza mía: donde tuvo los ojos le brillaban dos luces, amarillentas como la llama de un candil mortecino.

»Por cortesía fuíme á él y reconócele al punto: no había sino mirar la banda roja de su pecho y el ajedrezado adorno de su colete de ante. Era Centellas, mi matador sin duda, porque en aquella ausencia de mi pensamiento, en aquella nada de mi existencia, yo no sabía de hijo si morí á manos del rencoroso capitán ó á las de puerco y rebozadas de la cena.

»—¿Sois Centellas, hidalgo?—preguntéle, ardiendo ya en deseos de venganza.

»—El mismo soy, seor caballero—respondióme con las castañuelas de sus mandíbulas—, pero guarde la ira para cuando le entonen el *Dies-ídem*, que si yo dí muerte al noble burlador de Sevilla, fué sin intención y por designio de lo Alto; que en esto de colgarme á mí ese delito andan las historias equivocadas de medio á medio. Y para que vuesa merced se convenza, oiga y escuche mis circunstancias y divúlguelas luego, pues por decreto divino sé que habéis de volver al mundo en vuestra propia carne y personalidad.

»Yo, seor secretario, ó Don Tenorio, que ambas cosas sois por gracia del Altísimo, y por lo que veo; yo fui también dos oficios en la tierra, y uno, el de mi pecado, lo fué el de raspar y escamondar los callos, durezas y uñas gordas de la nobleza sevillana, que por andar torcida y en malos pasos era propensa á semejantes execrecencias.

»Entraba mi navaja en los retoños pedestres con maestril seguridad; pero para afinar la mano según ahondaba, tenía la costumbre de preguntar de continuo

al parroquiano: *¿Siente ya su merced?*, y á fuerza de repetir *Siente ya*, me pusieron ese apodo que las gentes, corrompiendo las letras y uniendo las palabras, han convertido en *Centellas*.

»Capitán fui también, pero no de los que se usan entre soldados, sino de la milicia nacional que fundó el morrión sin celada.

»No niego que me gustase el mosto, ni que Don Juan me obsequiase con un chato cada y cuando le arreglaba los pies, que no eran ámbar en punto á olores: pero ¡molestarme yo porque compusiera el vino! ¿Cuándo fué español que lo bebiese sin componer desde que lo venden taberneros?

»De ahí arranca mi descrédito y el error de los poetas; aquella noche aciaga, de difuntos, dióme Don Juan más de la cuenta de un morapio nuevo; entregóme después uno de sus remos bien guarnecido de juanitos y otras protuberancias, y al raspar la córnea superficie del meñique, fuéme la mano, brotó la sangre azul, y aunque chupé con mis propios labios el ojal sangriento, aquel dedo fatídico, aquel meñique, era el dedo de la Providencia que le marcaba el castigo de sus pecados: á los pocos días, Don Juan estiró la pierna.

»Un decreto misterioso ha permitido que yo te espere en la mansión de los difuntos, para que reivindiques mi memoria. Tú, el más enamorado del *Tenorio*, el que más me aborreces, vuelve al mundo y esparce mi inocencia.»

Esto dijo Centellas; apagóse la luz de sus vacías pupilas, y al día siguiente volví yo á la consciencia de mi vida, gracias al inexcrutable designio de la Providencia.

Mudos quedaron de asombro los contertulios de la botica, y sólo el médico se atrevió á murmurar muy bajo: «Gracias á la Providencia, no; gracias al amor-niaco.»

Por el relato nada más,

Luis BERMUDEZ DE CASTRO

## EL TENORIO DE LAS DE PÉREZ

Las niñas de Pérez, que las pobrecitas, son de lo mas cursi que he visto en mi vida, en su casa, Perro, cuarenta, guardilla, han *hecho* el Tenorio hace pocos días, de un modo que, vamos, ¡no soñó Zorrilla! Al novio de Pura, una de las niñas, el papel le dieron de protagonista. Como el chico es cojo, para su desdicha, y algo tartamudo, hizo una herejía del tipo gallardo creado por Zorrilla. Doña Inés era una prima de las niñas, que hace varios meses

que se encuentra encinta por lo que en la escena del sofá, creían que salía el chico entre redondillas. El señor de Pérez *cargó* con Mejía, y aunque es probado, le hicieron las niñas de una colcha un traje, con tal maestría, que disimulaba esa falta física. Los demás papeles tuvieron la misma elección notable, así es que sería, inútil hablarles de las maravillas que allí presenciaron los que por su dicha fueron invitados á esa función íntima.

José DOZ DE LA ROSA.

# EL COMENDADOR, CALLEJEANDO



— ¡Comendador, que me pierdes!

## ¿ falta de capitán...

*En una pequeña villa,  
perteneciente á Castilla,  
quisieron representar,  
hace un año, el popular  
Tenorio del gran Zorrilla.*

*La idea era superior  
y, sin respeto al autor  
que logró eternos laureles,  
hizo el mozo director  
el reparto de papeles.*

*Ya todo dispuesto estaba  
entre mozos y doncellas,  
y únicamente faltaba  
un personaje: ¡quedaba  
por repartir el Centellas!*

*Enterado el sacristán  
que de Avellaneda hacia  
dijo:— ¡Calmad vuestro afán,  
pues yo prometo, á fe mía,  
que tendremos capitán!*

*Y bien pronto, al director,  
solucionando el asunto  
se presentó el nuevo actor:  
era hijo del herrador  
y sordo como un difunto.*

*Yaun cuando este inconveniente  
no era flojo, prontamente  
el sordo empezó á ensayar,  
porque no había más gente  
disponible en el lugar.*

*En más de un ensayo, al ver  
que— como era de temer—  
el sordo desentonaba,  
el director exclamaba:  
— ¡El sordo .. la va á meter!...*

*En efecto, así pasó.  
El día ansiado llegó  
y entre el bullir y el jolgorio  
del público, comenzó  
á hacerse el Don Juan Tenorio.*

*Y el mozo de la sordera  
tropezó de tal manera  
y fué tal su desventura  
que, en fin, estuvo á la altura  
de un alcornoque cualquiera.*

*¡Y en el sexto acto, señores,  
entre los espectadores  
se armó la de Dios es Cristo!  
¡Que siempre en el sexto he visto  
caer á muchos actores!*

*Entonces, se adelantó  
al proscenio Avellaneda,  
el que al capitán buscó,  
y de esta manera habló:  
— Por si la cosa se enreda*

*sepa el público indulgente  
que aunque busqué con afán,  
capitán, faltaba gente  
y... ¡ si éste no es capitán,  
en cambio, es algo tenientel*

José RODAO

## DON JUAN, MINISTRO

(Información especial para FLORES CORDIALES.)

El cronista ha estado en la corte celestial para informar á los lectores de FLORES CORDIALES, acerca del sitio á donde fueron destinados Don Juan Tenorio y cuantas personas intervinieron en las andanzas de éste.

Y aunque lo que concisamente va á narrar parezcan badomías más propias del antruejo que del mes de los difuntos, asegura que todo lo que sigue es visto y oído...

El cronista ha sido recibido por el propio San Pedro, que es en la corte celestial el ministro de la Gobernación. En el despacho de éste hay unas cincuenta jaulas doradas y espaciosas, en las que están encerrados otros tantos angelitos.

— Son los revoltosos — me advierte bondadosamente el santo apóstol, al observar en mí un discreto gesto de extrañeza—. Están de quincena...

El primero hace *pi...* El segundo hace *pi...* El tercero hace *pi...* El cuarto hace *pi...*

Y como todos hacen *pis* continuamente, puede el lector calcular cómo pondrán los angelitos el despacho del venerable ministro...

San Pedro pregunta amablemente, melifluamente, alibarradamente:

— ¿En qué puedo servirle á usted?

— Vengo en representación de FLORES CORDIALES, á saber el sitio á donde han ido á parar Don Juan Tenorio y las personas que...

— En seguida...

Y como si hablase por teléfono, dice reposadamente:

— ¿Ministerio de Gracia y Justicia?... ¿Está el señor San Salomón? ¡Hola, Salomón!... Remítame todas las causas pecaminosas que se han seguido relacionadas con Don Juan Tenorio...

Súbitamente aparecen ante mis ojos las causas pedidas por San Pedro. Este, después de hojearlas atentamente, va dándome curiosas noticias:

— Don Luis Mejía lo mandamos al Limbo...

— ¡Al Limbo!

— Sí. Por tonto. Piense usted que lo fué... Iba á casarse con una mujer mala... Don Juan le hizo el favor de descubrir la liviandad de la prometida esposa... Y Don Luis, en vez de darle las gracias, provocó á su bienhechor...

— Y ¿Doña Ana de Pantoja?

— Nos pareció tan mala persona...

— ¿Tan mala?

— Sí. El Divino Maestro perdonó á la mujer que engaña al marido... porque eso es cosa bastante vista... Pero no se sabe que perdonara á la que engaña á su novio... Es demasiada impaciencia...

— ¿Y á donde la condenaron?

— A la tierra... Su espíritu lo vamos encarnando en varios escritores...

— ¿En cuáles?

— En los que no saben coger la pluma más que para acudir á citas...

— ¿Y Brígida?

— También ha vuelto á la tierra, y es, hoy, una señora discreta que cede gabinete y alcoba...

— ¿Botarelli?

— Es cocinero de uno de los principales casinos madrileños... en donde parece que se juerguea... Para abreviar: la Divina Justicia, para no hacer peores, con el contagio de ellos, á los condenados del infierno, envió á la tierra á casi todos los personajes del drama *Don Juan Tenorio*, para ver si se enmendaban al verse en ridículo, pero ¡ca!...

— ¿Y Doña Inés?

— Hoy es Maura...

— Entonces, ya se quién es Don Juan...

—No...  
 —La Cierva...  
 —Eso es... Don Juan, á pesar de lo feo que es y de que, en vez de andar, anadea, tiene seducida á Doña Inés... *Con Don Juan se salvará ó se perderá con él.*  
 —¿Usted qué cree?  
 —Que Doña Inés está perdida, porque Don Juan ha muerto...  
 —Sí, le mató el capitán Sánchez de Toca, dejándole pegado en una esquina, como si fuera un bando municipal...  
 —Pero, ¿el muerto no es el capitán?  
 —No. Es Don Juan. Lo que ustedes ven en el Congreso es su alma. El Comendador (ó sea Cambó) le da á elegir: aquí, fuego; allá, ceniza...

Lector: Al llegar á este punto, he despertado, y he visto sorprendido estas cuartillas que he escrito durmiendo.

Cuentan que así compuso Tartini su famosa *Sonata del diablo*: en un ataque de sonambulismo.

**El Bachiller CORCHUELO**

## LOS PREVISORES DEL PORVENIR

¿Queréis asegurar el pan de la vejez? Ingresad en la Sociedad Mutual *Los Previsores del Porvenir*.

Es la forma de ahorro que mayores garantías ofrece.

Dar una peseta mensual de cuota y recibir luego la misma cantidad diaria de pensión es realmente sugestivo.

La manifestación más firme de su utilidad práctica está en el hecho de poseer *dos millones y medio* de pesetas de capital con sólo tres años que lleva de funcionamiento.

Domicilio social: Echegaray, 20, Madrid.

Pedid reglamentos.

## EL RAPTO



*Don Juan (aparte y jadeante).*

Mira Inés, luz de mi vida,  
 ardiente sol de mis ojos:  
 ó te alijeras de peso,  
 ó te suelto dos mamporros.

## Tenorios y Brigidas.

I

En el infierno una noche  
 se armó gran algarabía  
 y mientras unos se asaban  
 pagando culpas antiguas,  
 una dueña quintañona,  
 sierpe venenosa en vida  
 con voz que dolor ahogaba,  
 entre sollozos decía:

—Desde esta enorme caldera  
 donde me tienen metida  
 en la cual me estoy tostando  
 como chuleta en parrilla,  
 á la caldera de enfrente  
 dirigí ansiosa mi vista,  
 por si tropezaba en ella  
 con personas conocidas.

A un revoltoso diablejo  
 que me tiene en gran estima  
 y echa conmigo parladas  
 mientras el carbón atiza,  
 pregunté si por acaso  
 informes darme podría  
 de los que asándose estaban  
 en la caldera vecina.

Y al saber, amigo Ciutti,  
 que llegaste el otro día,  
 te llamé con grandes voces  
 para pedirte noticias.

Yo, buen Ciutti, bien me acuerdo  
 de aquella noche maldita  
 que cual saco de patatas  
 me llevaste en las costillas.

¡Ay! Yo pensé que por algo  
 me llevabas y traías;  
 mas de ti no tuve miedo  
 ni Doña Inés dióme envidia.

Yo que del sofá la escena  
escuché con ansia viva,  
de otra escena semejante  
soñé ser protagonista.

Mas convencíme bien pronto  
de que son cosas distintas  
irse sólo á la rebusca  
y ser dueño de la viña.

## II

El diablo que atizó el fuego  
dió un tizonazo á la hornilla  
y gritó lleno de cólera,  
echando sapos y víboras:

—Deja esos recuerdos vanos,  
sólo has hecho tercerías,  
y por eso en el infierno  
te agasajan y te miman.

Tú, que serviste á Don Juan  
y engañaste á la novicia  
y así lograste tu bolsa  
de oro y plata ver henchida,  
sitio preferente ocupas  
en la caldera en que habitas  
con otras amables dueñas  
busconas y celestinas.

Siga creciendo tu raza,  
pues si ese cáncer se extirpa  
habrá una baja notable  
en la infernal estadística.

En vuestros lazos arteros  
la virtud cayendo siga,  
que si hay de sobra Tenorios  
es porque abundan las Brígidas.

Juan REDONDO Y MENDUIÑA

## HABLANDO CON EL BOMBERO...

Estuve á ver el estreno de *¡La suegra!* del Sr. Torres; dejé el casco en el suelo, y una señora bastante guapa, desaguándose de gusto, lo cogió y... Y

como no tuve la precaución de lavarlo, he perdido el pelo—me dijo el bombero entristecido.

—¡Calvo!



Sra. Pino, en *La loca de la casa*.



Sr. Thuillier, en *La loca de la casa*.

— ¡Sí, señor!

— ¡Desgraciado! Untate con sebo de Dávila y á los tres días puedes rizarte.

— ¡Se agradece!

— ¿Y qué tal la mamá política del Gran Teatro?

— Muy regular, bien enfocada, teniendo música bastante buena.

— Bien. ¿Y *Los falsos dioses* del Cómico?

— Se pasa el rato. Es una revista de golpes de acierto, aunque no se sale del troquel corriente. Luis de Larra, autor del libro, maneja los chirimbolos. Tenemos obra en el cartel para algún rato.

— Y de Martín, ¿qué?

— Camacho es un jeroglífico, mejor dicho, una charada. *Cama, macho, choca, cacha, chocho, mama, caca*, ya vé usted lo que da de sí el apellido. Actor, autor, redactor de... la tablilla, y no sé cuántas cosas más. ¡Y qué malo! Y la señorita Uliverri, le ha tomado rabia. Y el

público se va hartando del Camacho, y las coplas que canta de *El perro chico* muerden, y las señoras salen de allí hidrófobas de oírle, y la *Sangre madrileña* es horchata de chufas con jalapa y diarrea, y...

— Para hombre, para... Trasládate de sitio y sigue.

— *Los ojos de los muertos*, de Benavente, dicen que darán mucha *vista* á la Princesa y llenarán de dinero la taquilla. Después del éxito éste, vendrá otro mayor de Federico Oliver, que asegurará la temporada.

— Bien, muy bien.

— Y ahora me largo. Thuiller me ha dicho que vaya á entretener al Comendador, convidándole á unas copas, mientras él le mete mano á la Pino, y salgo de estampía. ¿Quiere que le pida á doña Brígida otro acomodo para usted?

— Muchas gracias, bombero.

— ¿No va usted al Tenorio?

— ¡No! Huelen mal las castañas.

**YAGO.**



# BUZÓN

J. O.—Toledo.—Muy bien. Siga

Cadetes.—Karikato da á ustedes las gracias por sus elogios. Aceptada la idea, pero suavizando.

D. L. M.—Maneja usted gallardamente la nota cómica. Pero ese bombo á FLORES CORDIALES nos ridiculizaría publicándolo. Se estima, sin embargo.

El del otro día.—Es lástima que tome usted el camino de las chulerías para empezar, aunque lo prefiero al de Rubén Darío, la maza del Parnaso. Siento mucho no poder complacerle. Acaso más adelante, si acierta. Lo principal es fe y destaparse los oídos.

G.—Barcelona.—¡Caramba! La cuestión es que el Guadarrama sopla, las mamás no van de celestineo á Recoletos y Enriqueta la florista ha pasado de moda.

M. M. G.—Cieza. He leído, incommovible, la *Síntesis de un drama*. Mande las decoraciones y veremos.

M. C. G.—Málaga.—Estos sí que no cuelan.

T. I. R.—Zaragoza.—¿Vale la franqueza? Muy mal esta vez. Construye usted la composición libre y dice:

«Sí, padre, me lo roba el entusiasmo.

¡Cuánto he sufrido desde aquella tarde en que Damián, el hijo de nuestro amo!...»

Hay asonancia. Luego viene:

«... los inciensos y aromas de mi pecho, la flor que en el pensil de mis anhelos se alza enhiesta ofrendando: de sus pétalos...»

Después siguen «pronto» y «casorio».

Más adelante...

¡Y yo que le había tomado á usted cariño!

Chirlis.—Tudela.—«Son próximamente las siete de la mañana...» No madrugue tanto, joven, que se va usted á constipar.

El autor.

«Escuchad, satélites del Parnaso, lo que pretende deciros de paso este embarullado poeta, que pulsa la lira con esta desenvoltura del propio fracaso. Yo pensaba poder, compañeros, cuando joven la afición poseía...»

¡Rediós! ¡Si le tuviera á usted cerca!

F. P.—Madrid.—Veré, veré si puedo colocar una. Bien escrito, pero en sauce.

Miguelín.—Guernica.—Cojo tres.

J. S. R.—Bueno, irá.

M. Galgo.—Me resulta usted podenco.

J. V. L.—Busque asunto y mándelo.

M. C.—Malgrat.—Tenemos interés en insertar algo suyo, porque maneja sueltamente la péñola. Mas como no siempre se acierta, repita.

B. L.—Jaca.—Los dibujos, en papel. Los versos que remite son los que puede grabar en metal, en madera ó sobre un colchón, igual da.

Otro de Baeza.

«Al señor de Gita, lo bamos á retratar ablandole á la de Perete por la puerta principal.»

Lo demás ya irá saliendo. Adelante, que usted vale.

A. S. M.—Cartagena.—Me gusta el estilo. Hay carencia de medula. Untele aceite de hígado de bacalao y envíelo de nuevo. Procuraré no dejarle mal con su amiga la señorita Rita.

Vejó.—Madrid.

«Yo lla sé...»

Lagarto, lagarto.

F. Luque.—Haga otra cosa.

J. Rodríguez.—Barcelona.—Pulsa regularmente la lira. Hay que cursar, sin embargo. Prosiga.

Pepe-Antón.—¡Vaya un Sueño! ¡Y qué manera de roncar!

J. F.—Córdoba.—«Flores y espinas», toma turno.

Uno de la Corte.—Trabaje y estudie, y cuando dé en el clavo, tendré mucho gusto en ayudarle.

R. D.—Santander.

«Al mirarla, tan joven y experta, quedé con la boca abierta...»

Paso recado á mi amigo La Cierva para que se la cierre á usted, y, si es posible, que le corte la cabeza.

F. de H.—Cádiz.

«Qué frío, qué frío, que tengo, Dios mío...»

Nadie lo diría. A mí me parece usted una zalea.

J. A. V.—Sevilla.—No hemos recibido las cuartillas.

T. H.—Ávila.

«Yo nací en Ávila, me llamo Mochila.»

La partida de bautismo de usted está equivocada, ¡so Morral!

Señorita Laura.—Entregado el retrato á los jóvenes franceses. Dice usted que es soltera, que tiene veintitrés años y un niño de siete. Lamento el madrugón y allá ellos. El ser huérfana, aunque pensionista, no reconstituirán jamás los pétalos caídos del vergel de la inocencia. Quizás apenquen ante la hermosura incomparable de usted.

ROLANDO

Los grabados de este semanario, son de Durá y Compañía.

ALQUILERES

CINEMATÓGRAFOS

OPORTUNIDAD

Aparatos casi nuevos, á precios sumamente baratos. Alquiler de películas. Fuster y Alicart, León, 38, 2.º, Madrid.

SOLUCION BENEDICTO

de glicerofostato de cal con

CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

# FLORES CORDIALES

SEMENARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre.....	1,50 pesetas.
Extranjero, un año.....	9 francos.
Número suelto,	15 céntimos.

## TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana.....	120 pesetas.
Media ídem.....	60 »
Cuarto de ídem.....	35 »
Octavo de ídem.....	20 »
Segunda plana.....	100, 50, 25 y 15 » respectivamente.
Tercera plana.....	90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves. Línea corriente,	50 céntimos.

## COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

## REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.